

EL APOSTOLADO SEGLAR

SEÑORAS Y SEÑORES:

Mi primera palabra tiene que ser una ferviente plegaria, dirigida al Señor desde lo más íntimo de mi corazón sacerdotal, por la felicidad y destinos de la querida institución, que tuve el cristiano honor de mecer en su cuna y que hoy celebra con legítimo regocijo sus bodas de plata.

Ella tiene ya una hermosa historia en el cuarto de siglo que lleva de existencia; pues al comenzar con un grupo de jóvenes distinguidos, aunque diminuto, se contempla hoy convertida en un hermoso centro social, cuyo decoro son las más distinguidas familias de nuestra sociedad, y ha visto salir de su seno la idea de los congresos católicos, con la organización de la Unión Católica del Uruguay, después de haber sido el germen, por decirlo así, del apostolado seglar en la República, cuyos esfuerzos y resultados no creo del caso mencionar; ya que

el Dr. Zorrilla de San Martín los ha expuesto poco há en una brillante conferencia.

Por tales conquistas y esfuerzos experimento la más grata y cristiana satisfacción; y si el Club Católico, me dá el dulce nombre de padre, yo me enorgullezco de tan gloriosa paternidad, pues ya sabeis que tengo razón para ello. Más, paréceme ver flotar en este recinto la sombra veneranda del varón apostólico, Monseñor Jacinto Vera, quien cobijara su feliz cuna con aliento y bendición paternas; por eso, en este fausto aniversario, le pido continúe desde la mansión de los justos velando por sus destinos; y me es muy grato recordar que el Club Católico tiene la incomparable honra de haber ostentado su gratitud, erigiendo, como promotor eficaz, el monumento más hermoso que glorifica la memoria del primer Obispo y Apóstol del Uruguay en nuestra Basílica Metropolitana.

Que crezca, por tanto, y se agigante la amada institución; y que, mientras yo disminuyo, se convierta en posteridad gloriosa; al mismo tiempo que en tan auspicioso aniversario hago votos sinceros, con toda la efusión de mi alma, por su prosperidad y por su gloria; por que cada día con más brillo y enérgico entusiasmo trabaje por realizar la gran misión para que fué creada. Pues creo,

señores, que ha llegado ya la hora de la concentración de todos los esfuerzos y de todas las energías al rededor de nuestra santa causa, como un broquel de defensa contra la persecución, la calumnia y el vituperio empleados para combatir la Iglesia de Jesucristo, ya que tenéis la obligación de defenderla como católicos y como ciudadanos; porque si á ella le debeis el don de la fe y la dignidad de cristianos, ella es también en el orden temporal la suprema bienhechora de las naciones civilizadas.

Por lo demás ¿cómo no había de serme sumamente grato y honroso tomar parte en este festival, conmemorativo de un aniversario, que tiene para todos tan simpáticos y dulces recuerdos? Lo haré, pues, exponiendo á grandes rasgos un tema de actualidad: *el apostolado seglar*

I

Y en verdad, señores; un rasgo particular del laicato católico en el siglo XIX, asaz glorioso, es el haber inaugurado ó hecho revivir de una manera enérgica y brillante, lo que podría llamarse el apostolado de la religión por los simples fieles: *el apostolado más grande y benéfico del hombre seglar*.

Ningún siglo, después de aquellos en que la Iglesia, joven aún, defendía sus dogmas y sus misterios contra el racio-

nalismo pagano, había presentado una falange de seglares tan distinguidos y tan felizmente preparados para la defensa de la religión y la propagación del bien, como aquella de que el siglo pasado ha dado el espectáculo y recibido sus beneficios. Y todo permite esperar que el siglo que comienza verá el mismo florecimiento, y quizás más abundante; porque es propio de las obras de Dios multiplicarse y prosperar, sobre todo, con la persecución prometida á sus fieles adoradores.

En efecto; al principio del pasado siglo, *José de Maistre*, á quien la Francia puede reivindicar por la naturaleza de su espíritu y el ardor de sus simpatías, traza la demarcación del siglo que nacia sobre el siglo que espiraba, é inaugura con asombrosa erudición y profunda ciencia la ardiente reacción del catolicismo sobre el filosofismo voltairiano y devastador. Su apostolado se adapta á las exigencias de la época, por medio de escritos profundos, y su pluma templada en conocimientos teológicos, como en filosofía é historia, contribuye desde luego á que la Iglesia vuelva á ser respetada y venerada, cual lo merece, como una grande institución, y al mismo tiempo derrivaba con brillantez los prejuicios en que los fanáticos de la Enciclopedia habían imbuído á los espíritus contemporáneos.

En pos de él viene el gran *Chateaubriand*, quien realiza en literatura la misma reacción que de Maistre en el campo del pensamiento; y la consecuencia de este doble esfuerzo fué reconquistar para el cristianismo una simpatía y una consideración, que los espíritus distinguidos le rehusaban, por estar embebidos en la impiedad voltairiana, que prefería el Coran al Evangelio; pues á tal punto había descendido aquella sociedad tan frívola como incrédula. Pero tuvo también por resultado batir en brecha el respeto humano, cómplice asaz dócil de los filósofos enciclopedistas; así como el de preparar el terreno para nuevas victorias.

Y en verdad; con Montalembert y Luis Veuillot, el apostolado laico pasa del campo de la especulación y de las ideas al de la acción y de los resultados tangibles:

Ya no se trata de conquistar para el catolicismo la consideración y el respeto; sino de restituirle la influencia que le es debida y devolver á la Iglesia su libertad; pues el libre pensamiento, por una contradicción de inexplicable fanatismo, mientras proclamaba la libertad para todos, la negaba á los que tienen el derecho de creer como católicos.

Así, pues, la apologética, á la que Augusto Nicolás erige un gran monumento, cede el puesto á la polémica: ha

llegado el momento de luchar en el parlamento y en la prensa, de influir sobre los poderes públicos para librarse de la arbitrariedad de los gobiernos y obtener un minimum de libertad para los ciudadanos católicos; pues adueñados del poder el liberalismo y la francmasonería habían reducido á los católicos á poco menos que á la condición de parias; á título de adoradores de la libertad la negaban á los demás. Mas, débese declarar que la palanca más poderosa para esta reacción fué el periodismo; de manera que Veuliot vino á ser, por decirlo así, el fundador del apostolado de la prensa, que es el sostén y la condición vital de todos los demás apostolados.

Y por esta misma razón el éxito fué asaz brillante en este segundo período; pues al mismo tiempo que los católicos consiguen ventajas en el terreno de las libertades públicas, la religión recupera sus derechos y extiende por todas partes sus ramificaciones, su propaganda, sus escuelas, sus obras y su misión benéfica, apareciendo como siempre, después de la más injusta y tiránica persecución, rejuvenecida y vigorosa.

Pero, dicho sea en justo honor del apostolado seglar que, si semejante acción es el fruto de la savia divina, cuyo canal es la jerarquía católica, sería sobremodera injusto desconocer la iniciativa y el contingente precioso que seglares va-

llentos y de celo ilustrado prestaron en esta acción, como se deduce en presencia de resultados que, sin ellos, la jerarquía católica, sola, no hubiese obtenido.

II

Con Federico Ozanam y Alberto de Mun, la acción católica pasa del terreno de las luchas políticas á un terreno más popular y social; subdividiéndose por decirlo así, en dos ramas, de las que, la primera semejava por su naturaleza, particularmente reservada al celo sacerdotal. El grupo de Ozanam, al fundar las Conferencias de san Vicente de Paul, ha tomado el cuidado de los pobres, que los apóstoles habían encomendado á la piedad de los diáconos.

Pero, como el diaconado ya no es un estado eclesiástico permanente, sino un grado al sacerdocio, Ozanam y sus discípulos lo han sustituido felizmente con el apostolado voluntario de la caridad. Y ¿quién podría enumerar el bien que ha hecho desde su fundación la Sociedad de San Vicente de Paul, extendida hoy por el mundo entero? Y en verdad, ese grupo escogido de personas seglares, que procuran el consuelo y el socorro á un gran número de pobres, que visitan á domicilio, contribuyendo así á borrar el odio de clases, ejerce un apostolado tan modesto como fecundo, dando al mismo

tiempo un ejemplo edificante que mata el respeto humano y honra altamente á la religión de Jesucristo.

Ni es posible enumerar las obras de beneficencia social que han nacido del seno de ese apostolado en favor de los pobres, con la fundación de patronatos para todas sus necesidades, y que la providencia extenderá á todas las naciones, pues es una gran obra de pacificación social y esencialmente humanitaria.

La segunda rama se dirige á la cuestión social, que es el gran problema del siglo XX. Los círculos católicos de obreros, inspiración de la Alemania católica, constituyen una empresa de gran porvenir social, y cuyos resultados han de ser eminentemente fecundos para el mejoramiento de la inmensa población de los obreros. Su grande y benéfica misión es de salvar la enorme masa obrera y proletaria, únicamente ocupada de sus necesidades materiales, y que el socialismo fascina y lleva á remolque, ofreciéndole medios verdaderos ó supuestos para satisfacer sus aspiraciones revolucionarias.

Felizmente por los resultados obtenidos en un cuarto de siglo, especialmente en Alemania, la obra de los círculos católicos ha dado la medida de lo que puede producir en el porvenir. Y á esa obra está anexo gran número de insti-

tuciones esencialmente sociales y cristianas para proteger y salvar al proletariado de las utopías del socialismo.

Y es de advertir, que el colectivismo, ó socialismo colectivista, está más en oposición con el orden social que con el orden cristiano; porque no existe propiamente hablando, ninguna oposición entre la propiedad colectiva, mantenida en ciertos límites, y el dogma católico; pues la hostilidad entre socialistas y cristianos deriva de sus tendencias irreligiosas.

Muy distinto es el antagonismo entre el colectivismo y el orden social actual; y es de tal naturaleza, que hace imposible la aplicación de esta doctrina. Sometidos los hombres á la ley general del trabajo, este viene á ser el principio de la propiedad individual; y es sobre el principio de la propiedad individual que descansa toda sociedad de organización compleja, á diferencia de las sociedades rudimentarias, cuya vida puede acomodarse con el principio de la propiedad indivisa; y como quiera que la ley cristiana es la mejor salvaguardia de toda sociedad constituida, de ahí proviene la solidaridad del cristianismo con las sociedades que tienen por base la propiedad particular.

Pero al lado de este principio intangible, se presentan variadas combinacio-

nes de la organización del trabajo, en las que los derechos respectivos del obrero, del aprendiz, del patrón y del arrendatario pueden entrar en lucha, injustamente dañados ó favorecidos.

Al tomar á su cargo la causa de los obreros, por iniciativa del gran León XIII, la obra de los círculos católicos ha demostrado ya que la religión se interesa profundamente por sus derechos, por su condición económica, por el mejoramiento de su suerte, en una palabra, por sus intereses materiales, como también por los morales y religiosos.

Y es consolador saber que varias de las conclusiones, que de la experiencia y del estudio han deducido los promotores de esta obra de trascendental importancia social y actual, se han impuesto ya á la opinión y han sido aceptadas en la moderna legislación del trabajo, debido á los esfuerzos de la *democracia social cristiana*, cuyo más esclarecido jefe es en Italia el publicista Toniolo.

Por lo demás, sería desesperar del buen sentido y de la justicia, si el celo de estos apóstoles de gran corazón, no consiguiese derribar las barreras que separan á una gran parte de la clase obrera de la práctica del cristianismo, y si no lograrse hacer vanos los esfuerzos de la utopía y del anticristianismo por separar al pueblo de la Iglesia, su perpetua y verdadera protectora. Honor,

pues, á estos iniciadores perseverantes, á quienes no han podido arredrar los obstáculos ni las mezquinas susceptibilidades, que han encontrado á las veces, en el ejercicio de este hermoso y salvador apostolado social.

Pero cùmpleme advertir, señores, que si el apostolado seglar nació en Francia, fué con una misión providencial, para que tuviese un efecto reparador y universal, pues había sido la cuna del filosofismo incrédulo, que todo el mundo había plagiado. Pero hoy tiene imitadores en todos partes, y hasta se desarrolla con más energía en algunas naciones, como en Bélgica y Alemania. Basta recordar fuera de Francia los nombres de Donoso Cortés, de O'Connell, del gran Windthorst, de Mallinckrodt y de Janssen, al lado de los de Maistre, Chateaubriand, Montalembert, Veuillot, de Mun y Chesnelong.

Pero, al mencionar los grandes nombres del apostolado seglar del siglo pasado, he nombrado solamente los jefes, porque los prosélitos forman legión; y he callado los nuestros para no recordar sino los muertos: Juan D. Jackson, el opulento y generoso protector de todas las obras de religión y beneficencia; el Dr. Requena, insigne codificador, y defensor de los derechos de la Iglesia; Francisco Bauzá, cuya pluma y elocuencia incomparables prestó grandes beneficios á la

religión y á la patria, y otros. Pero, sábase que esos hombres gloriosos han tenido amigos y discípulos, y han dejado una posteridad en el mundo católico. En el campo de la apología, del pensamiento, de la polémica, del derecho, de la caridad y de la propaganda, se ha levantado todo un ejército, que ha combatido valientemente por la verdad y por el bien, por las almas y por el Cristo. El está de pie ante las miradas del mundo civilizado, que contempla en él la gran esperanza ante las doctrinas y propagandas impías y demolidoras, que traen contrabados á los pueblos; y es el hermoso espectáculo de su multitud y de su disciplina, lo que hace nacer en el corazón vivas esperanzas para el siglo que ha comenzado; esperanzas que extendiendo para la patria en la organización de la Unión Católica del Uruguay, destinada á ser el alma del apostolado seglar en la República.

III

Más, el apostolado seglar ¿es una necesidad de la época, una usurpación ó una superfluidad?

Mons. Schapfer, Obispo de Tarbes, en una Pastoral que tiene por tema el apostolado del cristiano en el mundo, resuelve la cuestión, como la ha resuelto

siempre la teología, en el sentido del deber y de la obligación estricta. «La misión confiada á la Iglesia, dice, la extensión del reino de Dios en el mundo, es también la obra de los fieles; porque para hacerse dignos del reino de Dios, no basta que lo establezcan en ellos mismos, sino que es necesario también que, convirtiéndose en apóstoles, trabajen en esparcir sus beneficios á los demás por la ley del celo y de la caridad, que es la esencia misma del cristianismo.» Y he aquí, señores, el vasto campo del apostolado seglar: todas las obras de celo y caridad.

Más, para dar á su enseñanza la autoridad de la palabra apostólica, el distinguido Prelado no tiene más que abrir los libros sagrados. Desde luego, recuerda las palabras de Jesucristo: «Que vuestra luz brille ante los hombres con tal esplendor que, al contemplar vuestras buenas obras, glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.»

San Pedro dice á su vez á todos los fieles: «Vosotros sois la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo de las divinas conquistas.»

Y por fin, he aquí el lenguaje de San Pablo: «El mismo Dios que ha mandado salir la luz de las tinieblas, ha hecho resplandecer la claridad en nuestros corazones, á fin de que nosotros pudiésemos iluminar á los demás y proporcio-

narles el conocimiento de la gloria de Dios».

¿Qué más se necesita para justificar y aplaudir el apostolado seglar, tan providencial en la sociedad moderna? No es un lujo y un contingente de que la Iglesia de Dios pueda desprenderse; sino que es un deber, que cada uno de sus hijos seglares debe practicar en su esfera y en la medida de sus fuerzas y aptitudes, tanto el hombre como la mujer; pues así lo exige, dice el sabio Obispo de Tarbes: «la ley del celo y de la caridad, que es la esencia misma del cristianismo.»

Por eso, al lado del apostolado sacerdotal, Dios ha suscitado el apostolado cristiano, que un número incalculable de personas generosamente decididas, lleva á todos los campos de acción, con una prodigalidad de celo y una liberalidad, que constituyen la admiración de los ángeles y el estupor de los enemigos del nombre cristiano. De ahí las iras del anticristianismo sedicente liberal, cuya propaganda abochorna al mismo liberalismo, que se ha visto detenido en el camino del verdadero progreso en el uso de la libertad.

Ya no se contentan sus adeptos con combatir las opiniones contrarias hasta por medio del insulto y la calumnia, sino que no toleran ver ni oír á sus adversarios. Turbas feroces persiguen con insulto

á los que quieren usar de la libertad de reunión, aunque sea en procesiones ó peregrinaciones pacíficas, y hasta apedrean é incendian los templos, así como los asilos y establecimientos religiosos. Eso prueba que esa clase de gentes es incapaz de respetar, como deben, la afirmación pública de una creencia que no es la suya; y esto está muy lejos de ser el reinado de la libertad, que proclama el liberalismo.

Sin embargo; estos mismos excesos tienen que prestigiar la causa católica, y son una eficaz advertencia para despertar el celo del apostolado seglar.

Pero, séame permitido añadir que en la exposición que acabo de hacer sobre el apostolado cristiano, ésta sería incompleta, y con cierto tinte de injusticia, si no recordásemos con gratitud y admiración el contingente inmenso con que contribuye en su esfera la mujer católica, cuyo ideal es María, la sublime mujer que mas cooperó á la redención del género humano. Y ya sabemos que la acción de la mujer católica es muy grande en las obras de celo y caridad, como lo prueba el ejemplo de las Elenas, las Pulquerías y las Clotildes, que tantas imitadoras tienen en nuestros tiempos, aunque no sean testas coronadas.

IV

Tócame ahora, señores, exponer los motivos y la razón de ser del apostolado seglar en la época presente.

El siglo XVIII, de voltairiana impiedad, había hecho aplaudir, como una verdad histórica, que la Iglesia era, y había sido, una institución enemiga de las luces, de la civilización y del progreso humano, como aun hoy día lo repiten adversarios inconscientes del virus voltairiano que los tiraniza.

Mas, ¿cómo podían los católicos tolerar tan infundada y calumniosa afirmación, cuando consta todo lo contrario por la historia, y con tal evidencia, que ya no se necesita ser católico para proclamarlo así, y muy alto?

No puedo en este momento abrir el libro de la historia para que veáis en sus páginas confirmada esta declaración, como lo he hecho en múltiples ocasiones; mas para rechazar las afirmaciones de escritores sin autoridad, voy á citaros publicistas cuya competencia nadie puede negar y cuya imparcialidad, al menos en este punto, es superior á toda excepción, por no militar en el seno de la Iglesia. Sea el primero el ilustre estadista Mr. Gladstone, quien á pesar de ser protestante, ha hecho esta declaración, tan imparcial como justiciera: «La

Iglesia ha marchado con gloria á la cabeza de la civilización.» Voy á citar sus palabras, para dar de ellas traslado, como una contestación categórica, á los que, sin la competencia ni la ciencia de tan eminente publicista, pregonan que la Iglesia es la causa del retroceso y la desgracia de la humanidad: «Después de los tres primeros siglos de las grandes persecuciones, dice, la Iglesia ha marchado á la cabeza de la civilización, enganchando á su carroza, como á corceles de carro triunfal, las principales fuerzas intelectuales y morales del mundo. Su arte, el primero del universo; su genio, el genio por excelencia; su grandeza, su gloria, esplendor y majestad han sido, sino absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullecerse la historia.»

Y para que no fuera á creerse que esto sucediera solamente en el pasado, siendo hoy una institución carcomida y en ruinas, como afirman inteligencias miopes, añade: «Y esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy después de diecinueve siglos, tan joven, tan vigorosa y tan fecunda, como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra», esto es, el de su nacimiento.

Y, como si esto no bastara, otro historiador eminente, Mr. Guizot, cuya com-

petencia está demostrada en su *Historia de la civilización europea*, y aunque también protestante, declara que ni los mismos católicos han sabido juzgar en toda su grandeza lo que la Iglesia ha hecho por la civilización de los pueblos: «La influencia de la Iglesia, dice, en la civilización moderna es muy grande; más grande de lo que creen, no sólo sus adversarios, sino también sus más fervientes adeptos; pues distraídos en la polémica, no han sabido justipreciarla en toda su extensión y grandeza.»

Tan hermosa confesión, si es un merecido y justiciero honor para la Iglesia, constituye un doble reproche, primero para sus adversarios; pero más grande aún para los católicos, que no han hecho lo bastante para saber apreciar toda la grandeza de los beneficios que debe la civilización á la Iglesia católica, ni hacen lo suficiente para salir por el honor de la más grande bienhechora de los pueblos y naciones.

Y como, gracias á Dios, abundan los pensadores distinguidos que, aún en el campo racionalista, saben hacer justicia á la Iglesia, quiero citar otro historiador y escritor eminente, espíritu positivista, pero de una amplitud, de una imparcialidad, de una serenidad é ilustración de criterio, que le han valido el respeto de todos los hombres pensadores; es Mr. Taine: «Hoy día, declara, des-

pudo de diecinueve siglos, sobre ambos continentes, el cristianismo es el órgano espiritual, el gran par de alas indispensable para elevar al hombre por encima de sí mismo, de su vida vulgar y de sus limitados horizontes. Siempre y por todas partes, desde dieciocho centurias, tan pronto como esas alas desfallecen ó se las rompe, luego al punto las costumbres públicas y privadas se degradan.» Y continúa: «Cuando se ha presenciado este espectáculo y de cerca se puede justipreciar el contingente del cristianismo en nuestras sociedades modernas, entonces se ve lo que en ellas ha introducido de moralidad, de pudor, de suavidad y de humanidad; lo que ha mantenido de honestidad, de buena fe y de justicia.»

Pero es más admirable lo que añade: «Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ningún código, ninguna administración, ninguna forma de gobierno es suficiente para suplir al cristianismo en este servicio á la sociedad. Solamente él y nadie más, puede detenernos en la pendiente natural para sujetar el deslizamiento por el cual sin cesar y con todo su peso original retrograda nuestra raza hácia la decadencia.»

Y en la misma página Mr. Taine hace el más enérgico reproche á los expulsadores y calumniadores de las comu-

nidades religiosas, al querer substituir las con una administración laica: «Ella retrogradar hácia los bajos fondos procribir y hasta aplastar con vejaciones y exacciones los servicios caritativos, gratuitos y religiosos de esas asociaciones, que conservan y mantienen todavía lo que hay de honestidad, de pudor y de dulzura en la humanidad.»

Y para que todos los testimonios en favor de la Iglesia, además de competentes, sean imparciales, añadiré el de otro publicista protestante, Mr. Gladden, director de la *Revista Histórica*, donde dice: «Ante la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procaz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que encuentra formidables auxiliares en los progresos de la demagogía y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos á ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres y hasta las más sencillas ideas de probidad y de honor.»

Y en verdad, no podía un protestante hacer un elogio más grande de la Iglesia católica al declarar que es «la única fuerza moral organizada, capaz de levantar las conciencias», mientras adversarios vulgares la califican de insti-

tuclón inmoral, sin saber lo que afirman, si no es que quieren calumniar á sabiendas. ¡Hasta cuándo la calumnia procaz y vulgar ha de resistir á la verdad histórica, defendida por los más grandes genios contemporáneos!

Y ¿qué decir de la misión de la Iglesia en la solución del gran problema social, que hoy atormenta á la sociedad contemporánea? Quiero que dé la respuesta el reputado economista A. Leroy Beaulieu, que pertenece á la escuela liberal. Después de declarar que, si cree imposible prácticamente una legislación obrera internacional, juzga necesario, sin embargo, que en la reglamentación de la cuestión social, los gobiernos deben estar animados de un mismo espíritu y obedecer á una inspiración común. «Ahora bien, observa, esta inspiración común nadie puede comunicársela mejor que la Iglesia. Las diversas sectas cristianas no tienen un credo, ni un criterio común y uniforme; mientras la Iglesia ha sido, y es aún, el agente magno de unificación del mundo moderno. El Pontificado es el único poder verdaderamente cosmopolita; y sólo él por medio de la religión puede, sin inquietudes y sin amenazas para nadie, á fuer de poder moral, realizar el internacionalismo pacífico y eficaz, al que tiende la civilización moderna en la fraternidad universal.»

Y el publicista Mr. de Vogüé, también liberal, añade: « Sea que la crisis social se agrave sin resultado, sea que se resuelva en catástrofes, tras las cuales solo queden quimeras impotentes sobre escombros, llegará el momento en que el mundo obrero, á pesar de sus arraigadas prevenciones, advierta que en el Vaticano hay un árbitro para fallar en sus conflictos, un abogado para defender su causa y un arquitecto para ayudarle á reconstruir las ciudades arruinadas. »

Por fin, señores, deseo completar esta lista de apologistas independientes en favor de la Iglesia con el gran publicista y estadista Mr. Thiers, quien declaraba en una ocasión solemne: « Si yo tuviera en mis manos el beneficio de la fe, lo esparciría á manos llenas sobre la sociedad. Está tan próxima á hundirse, que no encuentro salvación para ella sino en la Iglesia, á la que he combatido cuando no la conocía en todo su grandor ». Y añadía: « A esta religión es necesario protegerla: pero esto no es bastante; es necesario hacerla florecer para salvación de la sociedad moderna. »

Esta declaración no necesita comentarios, y es la respuesta más autorizada que podría darse á los hombres superficiales que, ante el desquicio social producido por la incredulidad, lo atribuyen á la Iglesia, y proclaman que es necesario eliminar el catolicismo de las so-

ciudades modernas, porque es el cáncer que las corroe, según su fraseología decadente y sectaria.

Pero deseo coronar esta serie de testimonios ilustres con otro texto del citado publicista, libre pensador, miembro de la Academia francesa, Mr. de Vogüé, quien en el epílogo de la obra reciente « Los Papas y la civilización » dice: « Si suponemos á un filósofo meditando acerca del destino del Pontificado y buscando las mejores sendas para la mísera humanidad, concebirá una doble confianza en el porvenir del Papado y en los buenos efectos de este porvenir para la humanidad. Porque, en efecto, si ha encanecido en el estudio de la historia y en la observación del siglo en que la suerte le ha arrojado, si ha visto de cerca lo imprevisto de los acontecimientos, la falsedad de las previsiones, el espantoso desorden de la razón abandonada á sus solas fuerzas, la incapacidad de los hombres para decidir sus verdaderos intereses, el egoísmo é ineptitud de la mayor parte de los encargados del público bienestar, la dolorosa impotencia de los buenos para remediar la incurable miseria del mayor número; este filósofo saldrá con una convicción más arraigada aún, y apreciará mejor entonces la necesidad del Regulador de la civilización, que vigila tantos siglos há

desde la activa soledad del Vaticano.»
¡Y los anticlericales afirman que el Papa
es el gran conspirador contra la civilización!

V

Ahora bien, señores, si el programa y el propósito de la incredulidad, organizada en lo que se llama anticlericalismo y que, aun cuando se titula propaganda liberal, constituye al decir del liberal Leroy Beaulieu, la vergüenza del liberalismo; ha sido y es combatir á la Iglesia con el pretexto de defender los más sagrados intereses de la humanidad, ¿cómo desconocer la necesidad de oponer á esa especie de apostolado sectario el apostolado seglar católico, ya que para los verdaderos intereses de la civilización, del progreso y de la moralidad social, la influencia de la Iglesia es suprema, benéfica y sin émulo, por confesión de publicistas tan distinguidos como imparciales?

Está definida, por tanto, la misión del apostolado seglar; y es tal su legitimidad, que tiene la aprobación del libre pensamiento en sus más ilustres representantes; quienes, aunque no han llegado á profesar la divinidad de la religión, no pueden dejar de admirar á la Iglesia por la grandeza de los beneficios hechos á la humanidad. Si no son

creyentes, son sinceros admiradores de su benéfica y civilizadora influencia. Y como ya lo he demostrado, son ellos los que declaran que no es una pretensión sectaria, como lo afirman los anticlericales, proclamar que la Iglesia es la única fuerza moral organizada capaz de levantar las conciencias y de acabar con esa inmoralidad espantosa, que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres; que sin cristianismo no hay civilización, ni puede existir la moralidad pública y privada, á no ser por un resto de cristianismo y de una atmósfera cristiana, con imperio inconsciente, que continúa influyendo en los espíritus no-creyentes.

Ya lo habeis oído: en esa misión civilizadora y humanitaria, el cristianismo no tiene émulo, ni puede ser sustituido por nada y por nadie; ni por la razón filosófica ó científica, como pretende el racionalismo; ni por la cultura artística y literaria, como pretenden los progresistas; por ningún código, ninguna clase de administración y ningún género de gobierno, como lo pretenden los estadistas del positivismo; ni por la moral independiente, con que el liberalismo anticristiano pretende sustituir el Evangelio.

Y si, después de diez y nueve siglos, la Iglesia conserva la juventud vigorosa y fecunda del día de su nacimiento ¿cómo

mo no ha de poder afrontar, serena y segura de su augusta misión, las contingencias del porvenir, marchando gloriosa á la cabeza de la civilización, y realizar el internacionalismo pacífico y eficaz á que tiende la sociedad moderna, ya que el Pontificado es el único poder moral verdaderamente cosmopolita, y el agente magno de unificación del mundo moderno?

Es, por tanto, un deber y un honor para el apostolado seglar constituirse en defensor y propagador de una institución que forma el orgullo de la historia por sus beneficios á la humanidad.

Y de seguro, que saldrá airoso en sus trabajos y esfuerzos al sostener y esparcir la influencia de esa gran Iglesia, que ha sabido uncir á su carro triunfal las principales fuerzas morales é intelectuales del mundo, para gloria y pró de los más sagrados intereses de las naciones y de los pueblos. Por eso decía el racionalista Youffroy respecto de la Iglesia: «Es una gran religión, y la reconozco en esta señal: en que tiene una solución para todos los grandes problemas, que interesan á la humanidad».

De intento, señores, no he querido hacer cita alguna en favor de la Iglesia, tomándola de autores católicos, aunque eminentes, como de Maistre, Chateaubriand, Montalembert y otros, pues no lo necesitamos para vindicar á la Iglesia; y

porque era necesario, al levantar las calumnias contra la misma, apelar á publicistas, cuya autoridad y competencia aplasten y anonaden semejantes calumnias: basta nombrar á un Guizot, un Gladstone, un Thiers y un Talno, para saber que es una vulgaridad desprestigiada afirmar que la Iglesia es enemiga de las luces, de la civilización y del progreso, pues esos colosos de la historia declaran lo contrario, á pesar de no ser católicos.

VI

Sin embargo voy á permitirme añadir el testimonio de un autor católico, el más eminente como historiador, César Cantú, por tratarse de un pasaje sintético en que expone la influencia de la Iglesia en la civilización, y con él se demuestra que la causa defendida por el apostolado seglar, es la causa más gloriosa y justa y su mejor razón de ser.

«Durante diecinueve siglos, dice, no ha habido progreso social alguno que no haya tenido su germen en la religión cristiana; pues ella ha tomado parte en todas las evoluciones y revoluciones, ya como enemiga de las que eran funestas, ya como auxiliar de las que debían mejorar la condición de la humanidad.

«Ella purificó el mundo romano, civilizó el mundo bárbaro, suavizó al feudal,

resistió á las despóticas exigencias de los emperadores, confundió en todo tiempo la heregía, así como conquistó las glorias de la emancipación civil de la edad media, de la intelectual del siglo XIV, de la religiosa del siglo XVI y de la política de nuestros tiempos.

«Cuando se vió detenida en su marcha, supo remover ó hacer trizas los obstáculos; cuando vió secundados sus esfuerzos, reunió á sus intereses los intereses de sus auxiliares. Y sí, á pesar de tan apreciables triunfos, todavía no es la Iglesia católica reconocida universalmente en el imperio de la verdad, es porque la Iglesia, siendo militante, necesita enemigos en la tierra, como la virtud práctica debe pasar por pruebas que la hagan contraer méritos; porque las tentaciones de la duda son necesarias para la libertad de la fe, y porque la inmortalidad del cielo debe conquistarse por medio de trabajos en la tierra. Pero la Iglesia triunfará, como ha triunfado hasta aquí y siempre.»

Y ya sabemos que el publicista que esto afirma no es un autor vulgar; pues ha probado su competencia histórica con el mas grande monumento que se haya erigido á la historia de la humanidad, como lo es su *Historia Universal*.

He aquí, pues, la gloria de esa Iglesia y la misión sublime y civilizadora que

desempeña en el mundo; por más que en sus detalles se encuentren flaquezas humanas, como en toda institución en que interviene el hombre: pero no se juzgan las instituciones por los defectos de detalle, sino por el conjunto de sus resultados y beneficios.

Así, por ejemplo, ¿qué puede significar en diecinueve siglos, la causa desgraciada de Galileo, con sus imprudencias? ni los exagerados autos de fé de la Inquisición de España, tribunal, mas bien político, que religioso, y cuyos excesos condenaron los Pontífices, aboliendo al mayor número de los que apelaban á su tribunal? Ni las Dragonadas, ni las mismas flaquezas de grandes personajes eclesiásticos, que la Iglesia es la primera en reprobar y lamentar? Pues; ¿caso esos desgraciados sucesos, realizados al través de tantos siglos, constituyen los anales de la Iglesia, ni pueden anular la inmensidad de los beneficios, de los trabajos morales é intelectuales, que han obligado á la historia á declarar que la Iglesia ha marchado con gloria á la cabeza de la civilización; que es el órgano espiritual irremplazable para impedir la degradación de las costumbres públicas y privadas, y la única fuerza moral organizada capaz de levantar las conciencias?

Por lo demás, la Iglesia no es solidaria de las faltas y crímenes que puedan

cometerse por sus hijos ó en su nombre, porque ella es la única que dice anatema al que no obra según su credo y su decálogo; á diferencia de los sistemas ó sectas protestantes que proclaman como norma de conducta el *criterio particular*, que facultan para pensar y obrar según lo juzgue contenido en la Biblia, de la que es juez y norma la razón particular de los individuos.

La Iglesia dice: si os conducís conforme á mis mandamientos y dogmas seréis buenos católicos; sinó seréis como gentiles y publicanos. ¿No la tachan por esto de intransigente sus propios adversarios? La Iglesia, por tanto, está por encima de todos los reproches, porque ella es la primera en reprochar con inflexible severidad todo lo que es contrario á la verdad, al bien y á la justicia.

Por eso, es y será la gran institución fundada por Jesucristo para la salvación del mundo y gloria de la civilización de los pueblos.

El apostolado seglar, pues, debe ocupar su puesto de honor en el carro triunfal de la Iglesia, así como las fuerzas intelectuales y morales del mundo civilizado, y así merecerá bien de la religión y de la sociedad, á pesar de todas las contrariedades y persecuciones.

Por tanto, que el apostolado seglar no se arredre ni desmaye en las luchas y trabajos por la defensa de la religión y

la propagación del bien; esas pruebas son necesarias para contraer méritos en la libertad de la fé y merecer los laureos de la victoria. Triunfará con la Iglesia y como la Iglesia, la que, al verse detenida en su marcha, sabe remover ó hacer trizas los obstáculos, mientras colma de beneficios á sus propios adversarios.

Servir la causa de la religión es merecer bien de Dios y de la sociedad; y al sufrir por ella, nos labra una corona que nos cubre de gloria con laureles inmarcescibles.

Termino, señores, declarando que cumplo con el deber de recomendaros eficazmente la acción decidida del apostolado seglar; y digo el apostolado seglar, porque no ha llegado para nosotros ni el momento ni la necesidad de formar un *partido católico*, bajo el aspecto y en el sentido político; pues no sería más que uno de los medios de defensa, entre los múltiples que pueden existir según las necesidades lo exijan.

El apostolado seglar es más que un partido político, es la organización propagadora del ideal cristiano en la sociedad con todos los medios legítimos y eficaces para llevar su influencia á los individuos y á los pueblos; el apostolado seglar es algo más extenso y universal, es la acción de los seglares en todo

sentido para difundir el cristianismo con sus principios é instituciones salvadoras y regeneradoras, que es el ideal de la civilización cristiana y por ende de las naciones y de la humanidad.

Pero, aunque los medios son múltiples y adaptados á las circunstancias y necesidades de la sociedad en que se vive; el más esencial consiste en la unión organizada, en lo que nosotros llamamos la *Unión Católica*, sostenida y servida por la prensa, que es al mismo tiempo el eco de su ideal y la palanca magna de unión y de defensa. Hé aquí, por el momento la gran obra del apostolado seglar: *unión y prensa*; pues si ambas cosas se consiguen, serán fáciles todos los demás medios de propaganda para la verdad y el bien.

Grandiosa, por cierto, es la labor y la misión del apostolado seglar; pero tened en cuenta que puede encontrarse con muchas dificultades y frecuentes reveses muy lamentables, por cierto, y que deben evitarse. Así, las conveniencias particulares en unos, el empequeñecimiento de ánimo en otros, el espíritu de comodidad en muchos, que creen haber hecho lo bastante para tranquilidad de su conciencia católica encerrando toda su acción en el recinto del hogar y del templo, y limitándose á llorar los males que deben repararse con la acción viril

y social; estos son los obstáculos más comunes con que tropieza al presente el apostolado seglar. Hay pues, que vencerlos con decisión y valentía, con grandeza de alma y generosidad de corazón, porque se trata de los intereses más grandes de la religión y de la patria.

Y tened entendido que la voz de alerta no viene sólo de parte de los buenos, sino de nuestros propios adversarios; las persecuciones promovidas y organizadas en el mundo entero por el *anticlericalismo*, dirigido por la francmasonería, nos dicen que ha llegado la hora de organizar nuestra defensa y luchar por la libertad y el respeto de nuestras creencias é instituciones. Y no se nos diga que excitamos así á la guerra religiosa; pues debemos basarnos en el respeto mútuo. No son los católicos los que persiguen y molestan á los demás; ni siquiera donde dominan desde las alturas del gobierno, como en Bélgica, que es hoy modelo de libertad política, civil y religiosa.

Voy á concluir, señores, recordando estas sentenciosas palabras del eminente cardenal Mermillod, al despedir á una peregrinación: «Muchos católicos os pareceis á los sauces llorones; inclináis la cabeza gimiendo sobre todos los males, de los que os constituís en testigos contristados. Creedme: gemid menos y

obrad más; dad tregua á las lágrimas para aplicar la mano á las obras».

Señoras y señores: que Dios bendiga, y, con su bendición, dé aliento y creces al apostolado seglar en la República.

APÉNDICE

—•—

EL ANTICLERICALISMO

He creído muy oportuno, al hablar del apostolado seglar, exponer á manera de apéndice, lo que es el *anticlericalismo*, que nos ha invadido por contagio, pero de lleno y rajante; mas, para perseverar en el propósito de evidente imparcialidad, cederé el puesto al ya mencionado publicista liberal Leroy Beaulieu; pues siempre temo que se tachen de calumniosas mis afirmaciones, como acostumbran hacerlo los adversarios; aunque en este caso será imposible.

Es un estudio del eminente catedrático de la *Sociedad de Ciencias Políticas* de París, publicado en la *Revue des Revues*, y aunque no tiene nuestro espíritu, podrá desengañar á muchos, aunque liberales, sobre la índole del anticlericalismo. Lo transcribiré casi íntegramente, porque es de suma actualidad y utilidad, al retratar como fotográficamente, la *propaganda anticleri-*

cal, que nos ha invadido con la consigna internacional; propaganda supeditada por el protestantismo, cuya alianza han declarado solemnemente, contra el enemigo que llaman común, la Iglesia; pero una propaganda formada, como dice Leroy Beaulieu, *de prejuicios inveterados, de odios sectarios y de autoritarismo jacobino, cubierto de un barniz engañoso de liberalismo y adornado de un pedantesco disfraz científico.*

Mas, por fortuna, este enemigo es poco disimulado en su arrogancia; de manera que no ha podido introducirse sin ser muy bien conocido, con los más claros antecedentes.

Así pues, que no nos tomen por cándidos, ya que el mismo liberalismo los repudia como mercancía de contrabando. Léase, por tanto, con suma atención:

«Existe un partido, ó si se prefiere, una doctrina que inspira á los espíritus libres grande repugnancia; partido completamente *negativo*, formado de prejuicios inveterados, de odios sectarios, y de autoritarismo jacobino, el todo cubierto de un barniz engañoso de liberalismo, y adornado de un pedantesco disfraz científico. Se comprenderá que queremos hablar del anticlericalismo.

Si no tuviera otro fin que defender la soberanía del Estado y la independencia de la sociedad civil contra pretensiones ajenas, no seríamos los últimos en

combatir con él á los adversarios retardados de la libertad política ó de la libertad de pensamiento. Pero á eso no se reducen hoy, entre la mayor parte de sus adeptos, los esfuerzos del anticlericalismo. Para la mayor parte de entre ellos, «clerical» ha llegado á ser sinónimo de católico; todo hombre fiel á la antigua Iglesia es un adversario secreto ó declarado que debe ser tenido como sospechoso, y que merece ser alejado de todo cargo público».

A este propósito, y antes de continuar transcribiendo á Leroy Beaulieu, deseo decir lo que llaman *clericalismo*: es un mote inventado expresamente por los jacobinos para perseguir á la Iglesia y al catolicismo, con el pretexto de atacar directamente, lo que llaman la intromisión política del *Clero*, de cuya palabra derivan el nombre *clericalismo*. Pues bien, no existe tal clericalismo, sino como un instrumento creado para perseguir al catolicismo. Un clericalismo tal no puede ser católico, ni representar á la Iglesia, en el sentido jacobino; puesto que la Iglesia profesa el principio enseñado por Jesucristo: «Dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios», condenando así la indebida intromisión del Estado en los derechos y atribuciones de la Iglesia, y vice-versa; pues ese principio garante la independencia de ambos poderes y autoridades, la espiritual

y la temporal; á no ser que se quiera restablecer el *cesarismo* pagano.

Podría considerarse bajo otro aspecto el tal clericalismo y para ello me serviré de la autoridad de Mr. Pious, Presidente del grupo denominado en Francia, la «Acción liberal» y cuyo programa es *la igualdad en la libertad*. Al declarar por qué en ese campo donde entran los patriotas, los independientes, los liberales, los moderados y los conservadores, «comprendemos, dice, á los católicos y no á los clericales por esta razón. ¿Qué es un clerical? Se nos dice que es el que se vale del poder público para imponer á los demás sus convicciones, y que se sirve de la ley como instrumento para influir en las conciencias. Pues bien, ¿dónde están esos clericales? No es en las filas de los católicos; pues ellos no tienen el poder público á su disposición, ni hacen las leyes; al contrario, son molestados por el poder y por las leyes. No conozco más que un clericalismo, asaz odioso; es el de la incredulidad, de la masonería y del ateísmo; es él quien convierte en delito y motivo de persecución el ser católico ó ser religioso, la libertad de asociación monástica y la libertad de enseñanza confesional. Jamás ha existido un fanatismo peor que el suyo». *El clericalismo* con que se quiere designar á los católicos es, por tanto, una invención jacobina, como

pretexto de combate y persecución á la Iglesia y al catolicismo; que esto significa el *anticlericalismo*.

Corrado este paréntesis, continuó citando á Leroy Beaulieu:

«En vez de un instrumento de emancipación, el anticlericalismo amenaza de este modo con mostrarse, para una porción notable, como un agente de discordia y de opresión. Aún más, entre muchos de sus fervientes, el anticlericalismo, arrastrado hoy día por un celo fanático, llega á atacar, más allá del clero y más allá de la Iglesia, á todo vestigio de la idea cristiana, á toda huella del sentimiento religioso, á la noción misma de Dios, como á supersticiones peligrosas é inmorales que el Estado debe esforzarse en desarraigar. El anticlericalismo viene de este modo á estar animado de un espíritu de secta, intolerante de las creencias de los demás, y deseoso á su vez de emplear contra ellas la autoridad pública y el ascendiente del poder.»

Después de este preliminar tan sensato, el autor se dirige á sus correligionarios, declarando que el liberalismo debe repudiar al anticlericalismo por ser este la negación de la libertad. He aquí como continúa su estudio:

«Los liberales que respetan aún la libertad y las creencias de los demás, están obligados á rechazar ese anticleri-

calismo sectario, infiel á las ideas de tolerancia, con las que pretende cubrirse, porque en vez de un defensor de la libertad de pensamiento, no tienen más remedio que ver en él á un adversario de la libertad religiosa.

Si no forma, propiamente dicho, un partido, el anticlericalismo es el alma ó el principio del radicalismo. Es el lazo habitual de la concentración de antipatías y de enemistades comunes, más bien que de comunes convicciones. Oportunistas, radicales, socialistas, protestantes, se unen en el odio contra la sotana y en el terror por la corneta de la Hermana de Caridad.

Cándidos adeptos, nos presentan á este anticlericalismo pretencioso y vulgar á la vez, arma favorita de los políticos en apuros, como el emancipador próximo de la inteligencia y el fundador de la libertad futura, como la única ó la mejor garantía de la unidad nacional. Los hechos y los actos nos han mostrado lo que valen estas promesas. Al verlo manos á la obra, el anticlericalismo militante, recurre de buena gana á los métodos de propaganda ó de polémica, en que se apela á los prejuicios y á las pasiones de la muchedumbre, no retrocediendo ante las insinuaciones calumniosas y las leyendas embusteras, aumentando desmedidamente la fuerza ó la fortuna de

adversarios reales ó imaginarios, reclamando contra ellos nada menos que la confiscación y la proscripción. Con los mismos terrores infantiles ó simulados, buscan en los acontecimientos causas ocultas, señalando por todos lados la mano de espectros misteriosos, viendo por todos lados el cuello blanco del jesuita.

El anticlericalismo nos promete también establecer para siempre el reinado de la libertad y, para preparar sus ciemientos, se apresura á suprimir la libertad de enseñanza y la libertad de asociación! Nos anuncia la paz religiosa por la neutralidad del Estado, y, con el pretexto de establecer la paz, nos precipita en las querellas confesionales ó religiosas!

¿Porqué esta contradicción entre las doctrinas y los actos? Es que, para la mayor parte de sus adeptos, el anticlericalismo no es sino un instrumento de reinado, á menos que no sea una especie de secta.

En sus rebeliones contra la antigua fe, asume una intolerancia cortante y un proselitismo arrogante, dogmatizando con altanería, como si desde el pórtico de los templos de la ciencia hablara verdaderamente en nombre de la razón infalible!»

Pintado, á la verdad, de cuerpo entero queda aquí el arrogante, dogmatiza-

dor y altanero proselitismo contra nuestra antigua fe, la religión católica, con pretensiones de representar la ciencia y la razón infalible. Es, pues, conveniente que lo conozcamos muy bien.

II

Aunque las reflexiones que continúa haciendo Leroy Beaulieu, tienen más relación con Francia, no dejan de ser aplicables al anticlericalismo internacional.

«¿Cómo es de extrañar, dice, que este anticlericalismo sectario lleve á todas partes, hasta en política, el espíritu de secta, haciéndose culpable muy á menudo de lo que reprocha amargamente á los clericales? No teme poner los intereses del libre pensamiento, lo que él llama los intereses de la razón y de la ciencia laicas, por arriba de los intereses nacionales. No le repugna hacerse á ese respecto cómplice de nuestros adversarios ó de nuestros rivales, por poco que pueda hacer la guerra á una sotana ó á un tricornio, ¿No lo oímos cada año reclamar, con una ignorante infatuación, el retiro de nuestra embajada en el Vaticano, el abandono de nuestro protectorado religioso, la dispersión de las congregaciones y de las misiones, el cierre de sus escuelas y de sus noviciados?

No le digais que en el Oriente, en Asia, en Africa, en el mundo entero, los misioneros y los religiosos de cualquier orden, son los principales y á menudo los úni-

cos propagadores de la lengua y de la influencia francesa. Frente á los intereses de la laicisación, ¿qué le importa al anticlerical el papel de la patria en el mundo? Su única preocupación es el triunfo del nuevo dogma y de la política laica.

Este anticlericalismo sectario, *bochorro de los espíritus verdaderamente libres*, estaba en baja hace algunos años; digámoslo en honor de la Nación y de la República; parecía avejentado, fuera de moda, anticuado. La amplia política de León XIII parecía haberle quitado su fuerza, sino su virulencia. ¿Cómo, pues, se ha reanimado de pronto, más amenazador que nunca? ¿Cómo es que la inteligente iniciativa del gran Papa no ha producido efectos más abundantes y más durables? Es que, hay que decirlo, el anticlericalismo, se empapó, él también en el «Affaire» (1). Sacó pretexto de las violencias de algunas hojas *soi disant* católicas y de los arranques de un antisemitismo *soi disant* católico, para identificar al clero con las vilezas del antisemitismo y para reclamar, contra las congregaciones y contra la Iglesia medidas de defensa nacional análogas á las reclamadas por los antisemitas contra los judíos y contra la Sinagoga. (2)

(1) El asunto Dreyfus.

(2) El autor se refiere al proyecto de ley contra las comunidades religiosas concertado en el Gran Oriente de la Masonería y enviado al Parlamento para ser sancionado, como lo fué; porque es sabido que la con-igna de persecución religiosa internacional tuvo su origen en las logias.

Es en vano que en todo el proceso del «Affaire» no se haya podido sorprender la ingerencia del clero; se acusó á los Padres de haber conducido todo en la sombra. Esto es de tradición para el anticlerical: algunos espíritus recelosos, llenos de añejas leyendas contra la «Congregación», han descubierto en los incidentes del «Affaire» el dedo invisible de los jesuitas. Porque hay que repetirlo, el anticlerical razona completamente del mismo modo que el antisemita; él también vé en todas partes influencias ocultas y motores secretos. La diferencia es que uno lo atribuye todo al génio corruptor de Israel, mientras que el otro lo achaca todo al espíritu de intriga y de dominación de Loyola....

Es por esto que el antisemitismo tiene una gran parte en la recrudesencia del anticlericalismo. Uno se pregunta con tristeza ¿cómo es que la política conciliadora de León XIII y de las demostraciones del Papa á la República no han asegurado mejor la paz religiosa? No es culpa únicamente de los prejuicios ó de la intolerancia de nuestros modernos jacobinos, ni del excepticismo desconfiado de nuestros gobernantes; la culpa es de las inquietudes y las cóleras provocadas por la fanática cruzada de los antisemitas. Por mas que el episcopado y el alto clero se quedaron prudentemente aparte, se ha explotado

su silencio para hacerlos responsables de él. La pretensión casi declarada de los antisemitas de hacer, en los umbrales del siglo XX, de la unidad religiosa el signo ó la condición de la unidad nacional, se ha vuelto contra los católicos....

Si vemos, pues, emprender con nueva animosidad la antigua campaña contra las congregaciones, contra la libertad de asociación y la libertad de enseñanza, no tienen menos parte en ello las declamaciones del antisemitismo, que los odios sectarios y las pasiones de los jacobinos. Reclamando todos los días leyes de excepción ó medidas de proscripción contra los judíos, el antisemitismo sugería locamente leyes de excepción contra otros que los judíos. Lo que un pueblo retiene más fácilmente de las leyes de excepción es su principio, y ese principio se vuelve pronto contra los que lo invocan. Libertad de enseñanza ó libertad de asociación, ¿qué reivindican los católicos con eso? Reivindican el derecho común...»

III

«Pero, aunque las violencias de los antisemitas explicaran la recrudesencia del anticlericalismo, ¿diríamos por eso que la justifican? Aunque se las presentara como una respuesta á las provoca-

ciones de los antisemitas, las leyes propuestas contra las asociaciones ó contra las escuelas católicas ¿serían á nuestros ojos más liberales? ¿Quién no siente que éste sería el peor de los sofismas? ¿Es acaso por la intolerancia que socura la intolerancia? Y cuando los liberales reprochan á los antisemitas de reclamar leyes de excepción contra la Sinagoga y contra los circuncisos, ¿cómo podrían perdonar á los hombres que quieren dictar leyes análogas contra la Iglesia y contra los discípulos de los jesuitas? Acaso por emprenderla contra los cristianos, ó contra religiosos de capucha blanca ó negra, la intolerancia sería menos culpable? ¿ó juzgaríamos equitativo el rehusar al clero de la mayoría, la libertad y la igualdad de los derechos que nos hacemos un deber en reclamar para las minorías religiosas? ¿Quién no vé que esto sería precisamente justificar las quejas y las acusaciones de los antisemitas, proporcionándoles agravios peligrosos y nuevas armas contra los republicanos y contra la república misma? Porque los antisemitas quieren vedar todo cargo público á los discípulos de los rabinos, ¿es acaso ésta una razón para prohibir su acceso á los discípulos de las congregaciones? En cuanto á nosotros, para combatir las leyes de excepción, no miramos á

los que ellas atacan. ¿Porqué desprecio de los principios podríamos conceder á los odios anticlericales lo que negamos á los antisemitas, lo mismo que á los socialistas, esto es: el derecho de hacer categorías entre ciudadanos, de crear entre nosotros una casta de parias, debajo de una clase privilegiada? Y lo que el espíritu de libertad no toleraría de parte de los que apelan á la integridad de la raza ¿cómo lo permitiría á los jacobinos que se cubren con la unidad moral de la nación?

La igualdad de derechos para todos, sin distinción de confesión ó de origen, de clase ó de partido, tal es la única regla que puede garantizar la libertad y devolver la paz á la nación. Es duro verse obligado á recordar esta verdad en la aurora del siglo XX. Pese á los sectarios de derecha ó de izquierda, no es por medidas de proscripción ó por leyes de excepción contra tal ó cual categoría de ciudadanos que se asegurará la paz y la unidad de la nación. Las violencias de las facciones y la intolerancia de las sectas es lo que pone en peligro la unidad nacional. En la época actual no se puede buscar la unidad nacional ni en la unidad de la raza ó del origen, ni en la uniformidad religiosa, ni en el monopolio de la enseñanza. Bajo cualquier forma que se presenten y de cualquier sofisma en que se

apoyen, semejantes pretensiones no son sino un arcaísmo anticuado ó un peligro so anacronismo. — En la época moderna no puede encontrarse la unidad nacional más que en la libertad religiosa y la igualdad ante la ley, en el respeto de los derechos de todos y de cada uno, en una amplia tolerancia mutua que inspirará á todos los ciudadanos un igual amor por la patria común.

En vez de un instrumento de división y de odio, el patriotismo debe ser un lazo de concordia y de fraternidad hecho para unir á todos los hijos de la patria común en un mismo sentimiento, el amor filial de hijos de una misma madre, que se sienten todos igualmente amados por ella é igualmente á gusto en ella, y que, debiéndoles la misma libertad y los mismos derechos, pueden todos tener para ella la misma ternura y la misma abnegación»

Termina el autor su estudio con esta gran lección de mútuo respeto en el ejercicio de la libertad bajo todos sus aspectos:

« Luchar en todas partes contra el espíritu de secta y el espíritu de intolerancia, contra la manía del exclusivismo y el furor de las proscripciones, ese me parece á la hora actual el primer deber de los ciudadanos á quienes no ciegan los prejuicios ó la pasión. Seguramente no es éste el único;

pero es el más urgente; á su lado todas las demás cuestiones y todas las querellas políticas parecen secundarias. Trabajar para la pacificación religiosa, al mismo tiempo que para la pacificación social, ayudar el acercamiento de los hombres, como el acercamiento de las clases, es hoy la mejor, sino la única manera, de salvar la libertad y de asegurar por la solidaridad nacional, la unidad y la grandeza de la nación. »

Hasta aquí Leroy Beaulieu; más quiero añadir algunas reflexiones.

IV

No sé si el autor es francmasón; pero es de extrañar que no mencione otra de las causas de recrudescencia del anti-clericalismo en la presente agitación antireligiosa internacional, cual es obedecer á la *consigna* de la Junta ó Tenida internacional de los Grandes Orientes de la Masonería, celebrada en París el 8 de Setiembre de 1900, donde acordaron crear y fomentar una *acción común internacional* contra la Iglesia y el Clero; reiterando así el acuerdo celebrado en 1889 y 1896, como lo expone en su obra reciente « *El Kultur-kampf Internacional* », el eminente Cardenal Sancha. Así como debe recordarse la alianza *protestante-liberal*, proclamada por

el diario de la secta, *Le Signal*, del año pasado, representada principalmente en lo que denominan LIGA DE CRISTIANOS (*para libertar á la América Latina del yugo papal*), aditamento propio para las Repúblicas latino-americanas; pero que es de evidente fraseología protestante, ya que á la apostasía llaman libertarse del yugo papal, esto es, de la autoridad universal del Papa, sucesor de San Pedro, el primer Pontífice de la Iglesia de Jesucristo.

Y en verdad, que se necesita ser asaz miope para no descubrir esa *conjuración acordada* por los enemigos de la Iglesia católica para agitar la opinión pública con miras asaz depravadas, recurriendo á medios reprobables para crear una atmósfera anticlerical y contraria á las beneméritas congregaciones religiosas. Conjuración que se advierte en el concurso simultáneo de la prensa anticlerical y de panfletos calumniosos y cínicamente injuriosos; conjuración reflejada hasta en el mismo servicio telegráfico internacional, exagerando manifestaciones anticlericales, enviando casi á diario, noticias de crímenes cometidos por clérigos ó religiosos, sin ratificarlas; y con la señal evidente de confabulación, pues al mismo tiempo que se las hace pulular en todas partes y como por encanto, cuadra con los ru-

dos y reiterados ataques de los enemigos de la Iglesia y de su clero. Con evidente premeditación se valen de cualquier pretexto para levantar las turbas, como hordas salvajes, en manifestaciones sin tón ni són, contra las personas y las cosas religiosas, apedreando ó incendiando templos y conventos; algaradas y motines previstos y promovidos con ocasión del drama «Electra», al que, por más que poco mérito literario tenga, al decir de los entendidos, no hay más remedio que aplaudir, porque sirve de pretexto para fomentar la opinión anticlerical.

Pero, afórtunadamente, tan vergonzoso procedimiento no puede echar raíces en el seno de pueblos civilizados; y de entre los mismos adeptos del liberalismo no levantan hombres sensatos que condenan el anticlericalismo, declarando ser un bochorno para los espíritus verdaderamente libres, y proclamar formalmente, como lo hace Leroy Beaulien, que los liberales que respetan aún la libertad y las creencias de los demás, están obligados á rechazar ese anticlericalismo sectario, infiel á las ideas de tolerancia, con las que pretende cubrirse, porque en vez de ser defensor de la libertad, es su adversario, y no hace más que suscitar prejuicios inveterados y querellas religiosas en vez de fomen-

tar la tranquilidad pública y la paz religiosa, que anhela el mundo civilizado.

El contagio, en verdad, ha llegado hasta nosotros, pues había que obedecer á la consigna; y se ha organizado la propaganda protestante-liberal, emprendiéndola con tal ardor y entusiasmo, que los pobres católicos casi tendrán que pedirles que les perdonen la vida! pues ya se creen los invencibles regeneradores del país y los libertadores del infame yugo papal y de la peste clerical, que tiene esclavizada y corrompida á toda la República!

A tal punto han llevado su autoritarismo jacobino y arrogancia dogmatizadora, que, en los discursos pronunciados en su Sede predilecta y en los folletos de marca liberal-protestante, esparcidos por toda la República, proclaman que ya ha llegado el fin de la Iglesia, sin acordarse de que esta es una profecía averiada y de la que ya se reía San Agustín hace quince siglos. Que la Iglesia es inmoral y fautora de inmoralidad, porque así lo prueban los catálogos hechos para el examen de conciencia en donde se indican los pecados que *se deben evitar*. Que los conventos son antros de corrupción, y que los que se confiesan son corrompidos ó sospechosos de corrupción, por más que haya tantas personas, tan decentes por lo menos,

como las anticlericales, que se han hecho religiosas y se confiesen á menudo, aunque de seguro no les llegará semejante infamia, digna de los que la proclaman. También se les ha ocurrido declarar que los católicos no pueden ser patriotas, como si no lo hubiesen sido los próceres de la independencia. Dicen que los curas y sacerdotes son unos impostores y embaucadores, como si todos fuesen tontos para dejarse engañar; y hasta se les ha ocurrido, invención exclusiva del anticlericalismo uruguayo, que el catecismo de Astete, que ha formado generaciones durante siglos, tanto ó más morales que nosotros ¡es inmoral!

Y dejo de enumerar, por no ofender á los lectores, otras cosas estupendas del mismo jaez, capaces de sumergir á la Iglesia en el abismo y no poder vivir sino escondida bajo tierra! Sin embargo, nadie podrá tomarlas en serio, y ningún espíritu sensato las tomará; ¡son tan asombrosas y burdas las cosas que propalan contra la religión católica, sus instituciones y todos los católicos! y sin tener más novedad que la arrogancia dogmatizadora, pues constituyen el vulgar y gastado repertorio protestante.

Eso sí; prueban lo que del anticlericalismo internacional afirma el liberal Leroy Beaulieu; sus escritos y discursos oспiran inveterados prejuicios, odios

sectarios y un autoritarismo jacobino, el todo cubierto de un barniz engañador de liberalismo, y adornado de un pedantesco disfraz científico».

Y, como si esto no fuera bastante jaca-so no estamos contemplando que realizan à maravilla lo que el mismo publicista liberal dice? «Al verle manos à la obra, el anticlericalismo militante, recurrir de buena gana à los métodos de propaganda ó de polémica, en que se apela à los prejuicios y à las pasiones de la muchedumbre, no retrocediendo ante las insinuaciones calumniosas y las leyendas embusteras.» Por eso, cuando después de ciertas conferencias, en que se excitaban à los anticlericales à tomar medidas enérgicas, aún de fuerza, contra los católicos y sus instituciones, y se organizaron asonadas y algaradas contra peregrinaciones de señoras indefensas, insultándolas y silbándolas de la manera más cobarde é indecente; y se apedreaban templos y conventos, y se lanzaban ¡muertas! en nombre de la libertad; entonces, al verse reprobados por algún órgano de la prensa y algunos liberales, que al menos aconsejan el mutuo respeto, nuestro flamante anticlericalismo dió otra conferencia reprobando lo que llaman *liberalismo manso é inconsecuente*, porque proclama el respeto à la libertad de los demás y

condenaba esas excitaciones cobardes à las pasiones de la muchedumbre, que al recorrer las calles, abochornaban à las mismas piedras con que apedreaban la libertad religiosa.

Sí; eso es bochornoso para la civilización y la libertad; pero no infaman à la Iglesia, à la que mas bien honran convirtiéndola en víctima de la libertad y de la civilización.

Que sigan persiguiéndola, como las turbas de Jerusalén perseguían y escarnecían al Justo; que calumnien, aplasten con insultos à sus adeptos; que obliguen à la Iglesia a esconderse en las catacumbas; ella volverà à salir más gloriosa. El paganismo moderno está imitando al antiguo; persigue à la que es su salvación.

Pero ya es tarde; veinte siglos de persecuciones y de triunfos, dan derecho à no temer la derrota. Las sectas y los perseguidores pasan; mas, la Iglesia católica permanecerà serena y gloriosa.

Por lo demás, saben los católicos corresponder cristianamente à los que los persiguen y calumnian, como les manda Jesucristo, à quien vieron las calles de Jerusalén de tribunal en tribunal: *Orate pro persequentibus et calumniantibus vos. Orad por los que os persiguen y calumnian.*

Y, aunque no nos quieran creer, estamos en esta disposición de ánimo: rogamos á Dios por su salvación.

† MARIANO SOLER,

Arzobispo de Montevideo.

